



Aldous Huxley

Pigmalión contra Galatea

No la naturaleza, sino en el más amplio sentido de la palabra el arte es el más formidable enemigo actual del hombre; no la materia, sino su propio espíritu. Verdad que la naturaleza nos juega de vez en cuando algunas de sus terribles tretas, enviándonos una epidemia o una inundación o flagelándonos cuando menos lo esperamos con témpanos o aludes, con terremotos, mangas de langostas, rayos, inundaciones. La materia sigue siendo, claro está, materia: terca, conservadora y, en oposición a nuestros ensueños y nuestros ideales, aferrada interminablemente a las leyes que la rigen. Con todo, no puede negarse que el hombre civilizado ha logrado en parte considerable domesticarla, obligándola, a pesar de su rebeldía, a servir sus fines humanos. Nada marcha mejor que lo que se inventa; pero nada también, a veces, fracasa tan sorprendentemente. En vez de los viejos enemigos familiares, con quienes desde el principio de los tiempos venía luchando, y en los últimos tiempos con éxito

————— 86 —————

cada vez mayor, el hombre triunfante se ve hoy enfrentado a adversarios

nuevos y desconocidos, hijos de su inventiva. El momento de su primera gran victoria sobre las fuerzas naturales se ha trocado, por marcada ironía, en su primera derrota grande, en una campaña nueva contra un enemigo completamente diferente. El vencedor de la naturaleza ha sido derrotado por el arte, por las propias artes que él mismo creó con el objeto de vencer a aquélla. La humanidad se tambalea hoy ante los golpes que recibe en esa desastrosa lucha con las fuerzas organizadas de su propia inteligencia.

Cada una de las inquietudes principales que nos perturban en este momento sumamente incómodo de la historia, proviene no de la naturaleza ni de la materia, sino del espíritu y de las artes y ciencias que el espíritu ha creado.

¿Por qué hay ejércitos de desocupados en todos los países industriales del mundo? Porque hay sobreproducción. (No subconsumo, como quisieran hacernos creer el Sr. Keynes y otros economistas. Durante el tiempo de prosperidad, los norteamericanos consumieron más por cabeza que cualesquiera otros hombres en la historia de la humanidad, lo cual no impidió que sobreviniese la crisis actual). ¿Por qué hay sobreproducción? Porque esas artes de nuestra invención, mediante las cuales hemos

————— 87 —————

dominado a la naturaleza, nos están a su vez dominando. La celeridad con que progresa la maquinaria de la producción es mucho mayor que la que suscita y estimula los apetitos, mediante la propaganda y la venta.

Resultado: demasiados productos y, en consecuencia, precio demasiado bajo, pánico y restricción de la producción, desocupación. Y simultáneamente y sin tregua, perfeccionamiento bien cimentado de las máquinas. (Una vez creadas, las hijas del genio inventivo del hombre crecen por su propia cuenta, como si fueran organismos separados, con vida independiente de sus creadores; independientes y a menudo, como lo estamos viendo ahora, en pugna con ellos). ¿Cuál es el resultado de semejantes progresos en eficiencia? Mayor producción por menos productores. Más desocupados con menos dinero para comprar mercaderías. Una mezcla de sobreproducción y de subconsumo coactivos. En tiempos pasados se creía que esa «desocupación tecnológica», debida a los progresos en el proceso de la manufactura, podía en cualquier momento ser eliminada automáticamente por el fomento de nueva demanda del artículo más barato, pues los mismos progresos que expulsan a los hombres del trabajo rebajan el costo de los artículos que fabricaban; el menor costo suscita mayor demanda y la mayor demanda reinstala a los trabajadores desocupados, por lo menos hasta la próxima

————— 88 —————

revolución industrial. Tal era la teoría, teoría que por algún tiempo confirmaron los hechos. Durante el siglo diecinueve la desocupación tecnológica fue eliminada por la demanda progresivamente creciente; pero ocurría que en ese siglo había pocos productores y población rápidamente

creciente de consumidores. Había también, después de 1849, abundancia de oro, con alza de precios consiguiente y mercado virgen en el Extremo Oriente. Ahora hay muchos productores que emplean maquinaria casi diez veces más eficaz que la que empleaban los escasos productores de la pasada centuria y una población consumidora cuya celeridad de crecimiento ha declinado bruscamente. A la vez, el oro escasea y, por ende, los precios han bajado. Y el Extremo Oriente se ha vuelto, por razones políticas y monetarias, un cliente muy pobre. El restablecimiento de la normalidad en China e India y la circulación del oro atesorado ayudarían por cierto a los manufactureros de Occidente; pero hay en la actualidad tantos fabricantes y todos son (en comparación con lo que ocurría en el siglo diecinueve) tan progresivamente productivos, que, en realidad, no hay fundamento para suponer que, aunque sobreviniese un milenio de circulación de oro y de consumidores chinos, la desocupación tecnológica fuese por completo reabsorbida por la industria. Vencedores de la naturaleza, somos vencidos por el arte.

Estamos vencidos no sólo en las fábricas sino también en los campos; vencidos por nuestro maravilloso arte agrícola. Gracias a los ingenieros, a los químicos, a los botánicos y a los entomólogos, la agricultura se ha vuelto, por primera vez en la historia, racionalmente eficaz: hoy crecen dos briznas de trigo donde antes crecía una sola. Resultado: todos los agricultores de Europa, Australia, América del Norte y del Sur están más o menos completamente arruinados. Hay que quemar el trigo o tirarlo al mar, o darlo a los cerdos y a las gallinas. (La prosperidad de la avicultura inglesa se basa en la ruina de Manitoba y de Hungría). O bien hay que almacenarlo, por millones de toneladas, en elevadores gigantescos, hacinarlo, con la patética esperanza de que algún día alguien ofrecerá comprarlo a un precio que cubrirá los costos de producción. Nuevamente, en el propio momento de triunfar sobre la naturaleza, el arte nos resulta un obstáculo.

Conocemos la enfermedad y sus causas; ¿y el remedio? Evidentemente, el remedio tiene que ser homeopático. La sola curación de tanto arte y de tanto pensamiento no se logrará mediante más materia y más naturaleza (lo cual arruinaría en un instante nuestro complicado mundo moderno), sino mediante más arte y más pensamiento. Verdad que el arte es ahora el enemigo; pero lo es sólo porque hemos sido artífices, por decirlo así, a pedazos

y nunca en totalidad. El hombre ha usado de su inteligencia para crear mil artes separadas, que se ven compelidas por las propias leyes de su ser a desarrollarse y a proliferar como seres vivos, independientemente de sus

progenitores. Estas artes separadas piden coordinación; en beneficio nuestro, hay que enfrenar y dirigir su desarrollo monstruoso y desproporcionado; pero el arte de dirigirlo y enfrenarlo está por inventarse: existe sólo en estado de germen y rudimento apenas formado. Su formación plena habrá de ser resultado de la labor combinada de muy diversas clases de hombres: de políticos en cooperación con industriales y científicos, con financieros y economistas y trabajadores manuales; del trabajo en cooperación, repito, de muy diferentes clases de hombres de toda nacionalidad, si es posible. Porque el arte de coordinar las artes será sólo muy parcialmente eficaz si no lo practican las principales naciones del mundo, obrando de concierto. Tiene que haber una adaptación mundial de la producción al consumo, suscripción de convenios mundiales para el establecimiento de industrias nuevas y la aplicación de nuevos inventos a las antiguas, una política mundial respecto al oro, al combustible, a la agricultura: en una palabra, un acuerdo general que extraiga algún sentido universalmente válido de nuestra babel de adquisiciones separadas y particulares. Pero es difícil

————— 91 —————

llegar a un acuerdo internacional sobre cualquier asunto importante; imposible, habría podido decir un pesimista hace un año o dos. Pero la necesidad crea curiosos compañeros de lecho. Para citar sólo un ejemplo, la caída de precios del trigo ha llevado a enemigos tan inveterados como Hungría y Rumania a celebrar una conferencia y a pactar un acuerdo. Mientras escribo esto, pertenece al futuro el resultado de la conferencia que se efectúa en la casa de campo de Macdonald, en Chequers. Queda por ver si saldrá algo de allí o si todo acabará como han terminado tantas conversaciones internacionales e interimperiales: en meras expresiones de una vaga amistad y en la formulación de votos admirables que ninguno de los gobiernos allí representados es capaz de realizar. Así fue como, para poner un ejemplo reciente, acabó lamentablemente la conferencia agrícola reunida en París a fines de febrero último. Delegados de la Europa central y oriental -que forman una liga triguera- se reunieron con delegados de los países industriales del Oeste. Ambas partes se hallaban en muy mala situación; ¿por qué no concertar un arreglo mutuamente provechoso: cambiar tanto trigo por tantos artículos manufacturados? Con asombrosa lucidez, M. Poncet, presidente de la conferencia, explicó por qué no era posible tan simple y sensata solución del problema. «La mayoría de los estados representados

————— 92 —————

en la conferencia -dijo- son países en donde es libre el comercio de granos. El estado, el gobierno no es comerciante en trigo y los delegados que asisten a la conferencia están totalmente desprovistos del poder de comprometerse como compradores de tales o cuales cantidades de trigo de una u otra calidad, a tal y tal precio, porque sus gobiernos no

acostumbran a proceder en esta forma».

Los gobiernos no acostumbran a proceder en esa forma.

He aquí el meollo del asunto. Los gobiernos actuales del mundo son como ancianos respetables, apegados a sus hábitos, hábitos que, en su mayoría, se formaron y fijaron entre 1830 y 1870: dilatorios hábitos parlamentarios; hábitos, en materia de economía política, de laissez-faire; hábitos nacionalistas; tortuosos y mendaces hábitos de diplomacia metternichiana; vetustos hábitos medievales de armarse hasta los dientes. Y habrá que respetar los hábitos de tan venerables ancianos, aunque resulte evidente que son nocivos y peligrosos para la civilización. Tan sólo rejuveneciendo a esos viejos y aboliendo sus costumbres arcaicas; sólo modernizando las instituciones vigentes y facultando a los gobiernos para manejar adecuada y prontamente los problemas de una civilización en pugna con sus propias artes, lograremos salir del atolladero.

————— 93 —————

El arte de coordinar las artes separadas ha de ser primeramente inventado e impuesto luego por alguna autoridad central vigorosa e inteligente. Sí, impuesto; pues como ocurre, lo deseable no es lo mismo que desea en la práctica, por lo menos una parte importante de la población. Los gobiernos no son los únicos respetables ancianos de costumbres nocivas que afligen nuestro mundo actual. En la industria, en el comercio, en la finanza, en la agricultura, en casi todas las demás esferas de la actividad social los hay también. Y aunque esas artes aisladas sean jóvenes y activas, todavía quedan en ellas aspectos anticuados, consecuencia de hábitos heredados del individualismo del siglo diecinueve. Este vejestorio, que llevamos dentro de todas nuestras juventudes, está a punto de morir; pero muere con harta lentitud. Los tiempos difíciles que vivimos exigen su rápida victimación. Y nadie podrá darle el golpe de gracia sino un gobierno rejuvenecido, provisto de las necesarias armas institucionales y capaz de obrar prestamente y con implacabilidad ilustrada e inteligente.

Sur [Publicaciones periódicas]. Invierno 1931, Año I, Buenos Aires

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

